

**2 Reyes 6:1-7 (RVR 1960)**

**Eliseo hace flotar el hacha**

Los hijos de los profetas dijeron a Eliseo: He aquí, el lugar en que moramos contigo nos es estrecho. Vamos ahora al Jordán, y tomemos de allí cada uno una viga, y hagamos allí lugar en que habitemos. Y él dijo: Andad. Y dijo uno: Te rogamos que vengas con tus siervos. Y él respondió: Yo iré. Se fue, pues, con ellos; y cuando llegaron al Jordán, cortaron la madera. Y aconteció que mientras uno derribaba un árbol, se le cayó el hacha en el agua; y gritó diciendo: ¡Ah, señor mío, era prestada! El varón de Dios preguntó: ¿Dónde cayó? Y él le mostró el lugar. Entonces cortó él un palo, y lo echó allí; e hizo flotar el hierro. Y dijo: Tómalo. Y él extendió la mano, y lo tomó.

Un día estábamos en una reunión con el Coro Gracias y nuestro pastor. Una vez al año viajamos durante un mes por los Estados Unidos junto al Coro Gracias, los misioneros, el staff y los alumnos de la Escuela de Música del Coro Gracias. En ese tiempo de gira anunciamos el evangelio en aproximadamente veinticuatro ciudades. Esos momentos para mí son muy agradables y hermosos delante de Dios, porque en ellos aprendemos muchísimo sobre nuestra vida de creencia.

Aquel año terminamos muy bien la gira de la “Cantata Navideña”, anunciando el evangelio con el Coro Gracias. Luego de terminar todo el viaje nos reunimos con nuestro pastor. El Coro Gracias estaba muy agradecido, también el equipo de staff, los ministros, los hermanos voluntarios y los misioneros que nos acompañaron. Todos estábamos muy contentos y agradecidos. Aquella noche el pastor nos llamó y nos dijo:

—Muchas gracias, terminamos muy bien el evento, este año también pudimos anunciar el evangelio a mucha gente.

Luego el pastor compartía con nosotros y nos preguntó:

—Hermanos, ¿cómo me ven ustedes?, ¿me ven viviendo muy feliz?

—Sí, pastor.

—Yo quisiera explicarles el secreto para que ustedes también vivan felices, ¿quieren saberlo?

Personalmente, yo también quería saber, porque a veces en el camino de Dios me sentía cargado, cansado y presionado. Y él nos dijo aquella noche:

—Hermanos, yo tengo muchas tareas y mucho trabajo, pero vivo feliz porque todos los días solo hago una cosa.

Yo estaba escuchando y me preguntaba cuál sería el secreto. El pastor tiene muchísimo trabajo y todos los días tiene que tomar decisiones relacionadas a diferentes cosas, por eso yo quería saber.

El pastor nos dijo:

—Todos los días hago solamente una cosa: distinguir entre la palabra de Dios y mi pensamiento. Durante el día solamente hago eso, porque dentro de mi corazón surgen muchos pensamientos. Antes recibía y aceptaba todos mis pensamientos, por eso, cuando caminaba conforme a mis pensamientos sufría muchísimo. Pero después de conocer la voluntad de Dios hago una cosa: distinguir si es mi punto de vista. Si es así, eso no es la palabra de Dios, entonces lo rechazo, lo niego y lo boto. Luego reconozco la palabra de Dios y veo cómo ella me habla y me guía.

Muchas veces en mí se han levantado pensamientos. Cuando pasaba por algún momento difícil a mi mente venía un pensamiento que decía: “Ves, Dios no te ayuda, Dios ya desamparó tu vida. Ves, Dios no está contigo”. Muchos pensamientos como este me llegaban, pero después de recibir esa receta para mi vida espiritual comencé a distinguir que mi pensamiento no era la verdad, porque la Palabra me dice que Dios está conmigo y me ayuda, por eso, aunque tenga estas situaciones no voy a aceptar mi pensamiento. De este modo comencé a establecer la palabra de Dios en mi corazón y a distinguir.

¿A ustedes les pasa? Tal vez están pasando un momento muy difícil y por eso están pensando: “Ay, Dios se olvidó de mí, Dios no me ayudará, Dios ya me abandonó”. Hermanas y hermanos, ¿ustedes también están pensando así?

*“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”.*

*(Hebreos 13:5-6, RVR 1960)*

Hermanos y hermanas, ¿qué dice esta palabra de Dios que acabamos de leer?, la Biblia nos dice que el Señor no nos desampará ni nos dejará, pero nuestro pensamiento nos engaña diciendo: “Ves, Dios no está contigo, Dios te abandonó”. En el versículo 6 dice: “*El Señor es mi ayudador*”. ¿Quién es su ayudador?, es nuestro señor Jesucristo, él es nuestro ayudador y no temeremos lo que nos pueda hacer el hombre. ¿Quién es ese hombre?, es nuestro propio ego.

¿Dónde está nuestro enemigo?, nuestro enemigo no es fulano ni mengano, nuestro enemigo somos nosotros mismos. Mi enemigo está dentro de mí, cuando yo aprendí a tener esto en mi corazón me ayudó muchísimo. Todos los días tengo que confrontar esta situación, y no solo yo, sino que ustedes también. Diariamente tenemos que tomar decisiones y avanzar pase lo que pase, sí o sí tenemos que caminar y marchar. Cuando pasamos por ese momento es muy importante saber el secreto que el pastor nos enseñó:

—Hermanos, ¿cómo me ven ustedes? Yo estoy feliz, pero todos los días hago solo una cosa: distinguir entre qué es la palabra de Dios y qué es mi pensamiento.

Nosotros debemos hacer solamente eso. Cuando aprendamos ese corazón podremos vivir felizmente. Muchos pensamientos se levantan en nosotros, pero en ese momento ¿qué es lo que necesitamos?, solamente

distinguir de dónde vienen y saber qué es lo que nos está generando esa idea. Cuando lo distinguiamos podemos ver la obra del Señor y también cómo él nos guía y nos dirige.

Hermanos y hermanas, hoy compartimos 2 Reyes 6, este pasaje narra de una forma muy interesante cómo era que Eliseo tenía la escuela de profetas y preparaba a los discípulos. Pero aquel lugar ya no alcanzaba para todos los alumnos, por eso uno de ellos le dijo:

—Este lugar es muy estrecho, por favor, ¿por qué no nos mudamos a otro lugar? Ayúdenos.

Eliseo escuchó y luego tomó una decisión:

—Claro que sí, nos vamos a mudar.

Al final ellos llegaron al nuevo sitio, pero cuando llegaron necesitaban trabajar. Entre ellos había un muchacho que estaba cortando un árbol, de repente el hacha se resbaló de su mano y cayó al agua. Entonces pensó: “¡Ay Dios!, mi hacha se cayó. ¿Qué hago? Esta hacha es prestada y ahora ¿qué voy a decir?”. Cuando yo meditaba sobre esta historia me daba cuenta de que yo tenía la fe prestada, ¿por qué?, esa hacha no era de él, porque de haberlo sido le quedaría bien en su mano.

A veces me gusta un traje, pero también hay otros trajes que no me quedan muy bien y con los que no me siento a gusto. Aunque los tipos de traje que me gustan sean un poco viejos, cuando me los pongo mi cuerpo se siente cómodo. Así también con algunos zapatos. A veces mi esposa me pregunta:

—Mi amor, aquí tienes unos zapatos nuevos, ¿por qué no los usas? ¿Por qué te pones siempre los viejos?

Y yo le respondo:

—Porque me siento bien con estos zapatos que ya saben dónde van los dedos de mis pies.

Muchas veces nosotros también seguimos al Señor y tenemos fe, pero la fe es prestada, porque tenemos un conocimiento que está solo en el oído. Hoy en día nosotros sabemos muy bien que Dios está vivo y trabaja con nosotros, pero nos falta vivir la experiencia sobre esto. Amados, Dios está vivo y quiere ayudarnos.

Cuando ingresé al Seminario en 1988, en la primera clase, mi pastor entró y nos dijo: “Bienvenidos al Seminario Mahanaim. De hoy en adelante quisiera enseñarles a apoyarse en Dios y a creer en Cristo. Por favor. saquen todo lo que hay en sus bolsillos y pónganlo encima del escritorio”.

Desde aquel día Dios me enseñó a vivir por la fe. En el Seminario aprendí muy bien que no tenemos que insinuarle nuestra necesidad a nadie, porque Dios ya la conoce. Yo tengo a mi Padre celestial que me conoce y me escucha. El justo vivirá por la fe, no por apoyarse en el hombre.

Hermanos y hermanas, ¿qué es mejor: que Dios nos ayude o que algún hombre nos ayude?, ¿que nosotros cuidemos nuestra vida o que Dios cuide nuestra vida?, ¿qué es lo mejor? Claramente es que Dios nos cuide y nos ayude, pero lamentablemente, nosotros en vez de creer en Dios estamos creyendo en la situación.

Cuando salí después de terminar el servicio militar no me fui para mi casa, sino que me fui directamente a una campaña evangelística. Yo estaba allí, pero no tenía la ropa adecuada. Humanamente yo hubiera ido a mi casa para tener toda mi ropa, pero antes de salir del servicio militar, yo oré a Dios diciéndole:

—Señor yo soy siervo de Dios, tengo que caminar toda mi vida contigo. Ahora salgo del servicio militar, pero no quiero ir a mi casa, quiero ver cómo el Señor me ayuda.

De este modo es como me fui a una campaña y escuché la Palabra. Gracias a Dios la Iglesia me ofreció una habitación para descansar. Yo estaba orando a Dios para que me permitiera un traje, una camisa blanca, una corbata, un par de zapatos y una maleta. Y pensaba: “Si yo soy el siervo de Dios y su hijo, entonces voy a esperar en Dios. Yo no quiero buscar ninguna otra manera, Dios conoce mis necesidades”.

Luego de unos días, una persona se me acercó y me dijo que mientras oraba Dios le puso en su corazón el querer ofrendar algo para mí. Él no sabía por qué había sentido aquello. Aunque ya pasaron muchos años no puedo olvidar ese momento. Aquel día, Dios me suplió exactamente el monto de dinero necesario para comprarme un traje, una camisa, una corbata, una maleta y hasta un par de zapatos. Yo estaba muy agradecido, no por lo material, sino por experimentar cómo Dios escucha nuestras peticiones y nos ayuda.

A causa de la pandemia del coronavirus no podemos tener el culto como antes, por eso en este momento estoy solo, hablando frente a una cámara. Antes, en la hora piadosa y en los cultos estaba enfrente de muchos hermanos que nos gozábamos, compartíamos, llorábamos y orábamos juntos. Pero después de la pandemia ya no puedo ver a los hermanos. Ahora predico enfrente de la cámara y no es fácil, pero estoy aprendiendo y acostumbrándome a transmitir la Palabra con mucho amor hacia los hermanos.

Cuando comencé a aprender el apoyarme en el Señor no era nada fácil, Dios me enseñó que yo era incrédulo. Cuando empezó la pandemia oramos para comprar unos equipos de transmisión que no teníamos. Comenzamos a orar y a pedirle al Señor, porque no teníamos nada. Un día una hermana extranjera me llamó y me dijo:

—Pastor, yo vivo en tal país y estoy muy agradecida de escuchar la Palabra. Dios tocó mi corazón y quiero darle una ofrenda para el evangelio.

En aquel momento yo estaba muy agradecido, no por la cantidad de la ofrenda, sino porque me di cuenta que Dios realmente nos escucha. Luego ella nos envió la ofrenda y la recibimos sin ningún problema, la juntamos con la cantidad que teníamos anteriormente y compramos unos equipos. Ahora estamos transmitiendo con estos equipos, por lo que estoy muy agradecido.

Hermanos y hermanas, a veces nuestra fe es como un hacha prestada, que no está acostumbrada a nuestra mano. Como cuando el muchacho estaba trabajando con el hacha que se salió de su mano, se cayó al agua y él no sabía qué hacer. Dios nos ha dado esa Palabra tan preciosa para mostrarnos que la vida de creencia es solo ver la obra de Dios. Hoy en día muchas personas se congregan en las Iglesias y escuchan la Palabra, pero siguen diciendo:

—Soy pecador... Dios, perdóname los pecados.

Ese tipo de personas tiene el hacha prestada. Igualmente, algunos hermanos también piensan: “¿Cómo puedo dejar a mis hijos?! ¿Cómo puedo dejar mi negocio?! ¡Tengo que cuidar a mi marido!”. Pero, ¿ustedes pueden cuidar a sus esposos, a sus esposas y a sus hijos?, no pueden. Aunque los amamos y apreciamos, en lo más profundo de nuestro corazón ni siquiera podemos cuidar de nuestra propia salud, entonces ¿cómo podemos cuidar a nuestro cónyuge y a nuestros hijos? Sin la ayuda de Dios no podemos hacer nada, por eso necesitamos apoyarnos solamente en él. Necesitamos de su gracia y de su misericordia.

La historia que leímos es muy interesante, porque cuando llegó el problema ellos no lloraron ni sufrieron, solo decían: “Vamos a buscar al profeta”. Lo buscaron y le dijeron todo lo que les pasó. ¿Dónde estaba el hacha?, allí, y de repente Eliseo cortó un palo y lo echó al agua. Imagínense, en 2 Reyes 6: 6 dice:

*“El varón de Dios preguntó: ¿Dónde cayó? Y él le mostró el lugar. Entonces cortó él un palo, y lo echó allí; e hizo flotar el hierro”.*

*(2 Reyes 6:6, RVR 1960)*

¿Qué les parece?, ¿el hierro pueda flotar?, ¿ese hierro era de madera?, no, de ninguna manera. Pero cuando se conectaron con el siervo de Dios y con la palabra de Dios, ocurrió un milagro que hizo flotar el hierro. ¿Qué quiere decir esto?

Antes de conocer al Señor, antes de tener contacto con nuestro señor Jesucristo, mi vida era como el hierro hundido y perdido, pero cuando el siervo de Dios cortó un palo y lo echó al agua, el hierro flotó. Después de contactar mi vida con el Señor al entender el evangelio, cuando mi corazón se conectó con el siervo de Dios el Señor me dio una nueva vida, el palo llegó a mi vida y el hierro que estaba enterrado en el suelo empezó a flotar. Del mismo modo, mi corazón se recupera cuando se conecta con la palabra de Dios y con el siervo.

Nunca piensen desesperadamente: “¡Ay, ¿qué hago?! Mi hacha se cayó”. En ese momento llamen al profeta, él les puede ayudar, los puede levantar y sacar a flote. La vida de creencia primeramente es distinguir entre la palabra de Dios y nuestro pensamiento, luego nuestro corazón se debe conectar con el siervo.

Cuando ellos conectaron sus corazones con el siervo, el hacha empezó a flotar. Cuando mi corazón se conectó con el Señor, entendí el valor de la resurrección. Cristo murió por mí y derramó toda su sangre para la perfecta salvación de mis pecados. De la misma manera, hoy Cristo los ama y puede recuperar sus corazones en este momento, para que encuentren sus vidas nuevamente. Anhele que la palabra de Dios trabaje en nuestras vidas.

*Pastor Daniel Jo*